

# TRILOGÍA DE MOZAMBIQUE

Mia Couto

## 1. Estrellas desenterradas

La vida se crea como una cuerda, dice la madre. Hay que trenzarla hasta que los hilos entre los dedos dejen de distinguirse.

Todas las mañanas se levantaban siete soles sobre la llanura del río Inharrime. En aquellos tiempos, el firmamento era mucho más vasto y en él cabían todos los astros, los vivos y los que habían muerto. Desnuda como había dormido, nuestra madre salía de casa con un tamiz en la mano. Se disponía a escoger el mejor de los soles. Con el tamiz recogía las restantes seis estrellas y las traía a la aldea. Las enterraba junto a un termitero que había detrás de nuestra casa. Aquel era nuestro cementerio de criaturas celestiales. El día que lo necesitáramos, iríamos allí a desenterrar estrellas. Gracias a ese patrimonio no éramos pobres. Eso decía nuestra madre, Chikazi Makwakwa. O simplemente mame, en la lengua materna.

Quien nos visitara conocería la otra razón de tal creencia. Y es que en el termitero se enterraban las placentas de los recién nacidos. Sobre el montículo de las termitas creció una mafurreira. Alrededor de su tronco las telas blancas. Allí hablábamos con nuestros difuntos.

Con todo, el termitero era lo contrario de un cementerio. Era el guardián de las lluvias, y en él habitaba nuestra eternidad.

Una vez, tamizada ya la mañana, una bota pisó el Sol que mi madre había escogido. Era una bota militar, como las que usaban los portugueses. Sin embargo, en esa ocasión la calzaba un soldado nguni, que venía por orden del emperador Ngungunyane.

Los emperadores tienen hambre de tierra, y sus soldados son bocas que devoran naciones. Aquella bota rompió el Sol en mil pedazos. Y el día se oscureció. Los días siguientes también. Los siete soles murieron bajo las botas de los militares. Nuestra tierra estaba siendo devorada. Sin estrellas con las que alimentar nuestros sueños, aprendimos a ser pobres. Y a perdernos en la eternidad. Sabiendo que la eternidad no es más que otro nombre que se da a la Vida.

\*

Me llamo Imani. El nombre que me pusieron no es un nombre. En mi lengua materna imani significa «¿quién es?». Llamen a una puerta y, al otro lado, alguien pregunta: Imani?

Fue esa pregunta la que me dieron por identidad. Como si yo fuera una sombra sin cuerpo, la eterna espera de una respuesta.

En Nkokolani, nuestra tierra, se dice que el nombre del recién nacido proviene de un susurro que se oye antes de nacer. En la barriga de la madre no se gesta solo un cuerpo. Se fabrica un alma, el moya. Estando aún en la penumbra del vientre, ese

moya se va formando a partir de las voces de quienes ya han muerto. Uno de esos antepasados pide al nuevo ser que adopte su nombre. En mi caso, me susurraron el nombre de Layeluane, mi abuela paterna.

Como manda la tradición, nuestro padre acudió a un adivino. Quería saber si habían interpretado bien la verdadera voluntad de aquel espíritu. Y sucedió algo que no esperaba: el vidente no confirmó la legitimidad del bautismo. Hubo que consultar a un segundo adivino que, por amabilidad y tras el pago de una libra esterlina, le garantizó que todo estaba en orden. Sin embargo, como durante los primeros meses de vida lloraba sin parar, la familia llegó a la conclusión de que se habían equivocado con el nombre que me habían puesto. Consultaron a la tía Rosi, la adivina de la familia. Después de lanzar los huesecillos mágicos, nuestra tía aseguró: «En el caso de esta niña, no es el nombre lo que está equivocado; es su vida lo que necesita resolver bien».

Mi padre desistió de su misión. Que mi madre se ocupara de mí. Y eso hizo ella al bautizarme con el nombre de «Ceniza». Nadie entendió la razón de ser de aquel nombre que, en realidad, duró poco tiempo. Cuando mis dos hermanas fallecieron al ser arrastradas por las grandes crecidas, pasé a ser conocida como «la Viva». Así me llamaban, como si el hecho de haber sobrevivido fuera la única marca que me distinguiera. Mis padres ordenaban a mis hermanos que fueran a ver por dónde andaba «la Viva». Eso no era un nombre. Era una manera de no decir que sus otras hijas estaban muertas.

El resto de la historia es más oscuro todavía. Un día, mi padre recapacitó y, al fin, se impuso. Su hija tendría un nombre que no sería un nombre: Imani. Así se restablecía el orden en el mundo. Atribuir un nombre es un acto de poder. La primera y más definitiva ocupación de un territorio ajeno. Mi padre, que tanto protestaba contra el imperio de los otros, volvió a asumir la condición de un pequeño emperador.

No sé por qué me entretengo tanto en estas explicaciones. Porque no nací para ser persona. Soy una raza, soy una tribu, soy un sexo, soy todo lo que me impide ser yo misma. Soy negra, soy de los vachopi, una pequeña tribu del litoral de Mozambique. Mi gente tuvo la osadía de oponerse a la invasión de los vanguni, esos guerreros que vinieron del sur y se instalaron como si fueran los dueños del universo. En Nkokolani se dice que el mundo es tan grande que en él no cabe ningún dueño.

Sin embargo, nuestra tierra se la disputaban dos supuestos propietarios: los vanguni y los portugueses. Por eso se odiaban tanto y estaban en guerra: por parecerse tanto en sus intenciones. El ejército de los vanguni era bastante más numeroso y poderoso. Y sus espíritus más fuertes, pues mandaban a ambos lados de la frontera que rasgó nuestra tierra por la mitad. A un lado, el Imperio de Gaza, dominado por el jefe de los vanguni, el emperador Ngungunyane. Al otro lado, las Tierras de la Corona, donde gobernaba un monarca que ningún africano conocería nunca: don Carlos I, rey de Portugal.

Los demás pueblos, nuestros vecinos, se amoldaron a la lengua y las costumbres de los invasores negros, esos que venían del sur. Nosotros, los vachopi, somos de los pocos que habitan las Tierras de la Corona y que se aliaron con los portugueses en el conflicto contra el Imperio de Gaza. Somos pocos, fortificados por el orgullo y

cercados por los kokholos, las murallas de madera que levantamos alrededor de nuestras aldeas. A causa de esta defensa, nuestro lugar se volvió tan pequeño que hasta las piedras tenían nombre. En Nkokolani bebíamos todos del mismo pozo, una única gota de veneno habría bastado para matar a la aldea entera.

\*

Una infinidad de veces nos despertábamos con los gritos de nuestra madre. Gritaba en sueños, rondando por la casa, sonámbula. Durante esos delirios nocturnos conducía a la familia en una jornada sin fin, atravesaba pantanos, riachuelos y quimeras. Regresaba a nuestra antigua aldea, donde habíamos nacido, junto al mar.

En Nkokolani hay un proverbio que dice lo siguiente: si quieres conocer un lugar, habla con los ausentes; si quieres conocer a una persona, escucha sus sueños. Y es que ese era el único sueño de nuestra madre: volver al lugar donde habíamos sido felices y donde habíamos vivido en paz. Su añoranza era infinita. Pero ¿acaso hay alguna que no lo sea?

Las fantasías que yo tengo son muy distintas. No grito ni deambulo por la casa. Pero no hay noche que no sueñe que soy madre. Y hoy he vuelto a soñar que estaba embarazada. La curva de mi vientre rivalizaba con la redondez de la luna. Sin embargo, esta vez ha ocurrido lo contrario de un parto: era mi hijo el que me expulsaba a mí. Quizá esto sea lo que hacen los nonatos: liberarse de las madres, abrirse paso rasgando ese cuerpo indistinto y único. Porque en mi sueño mi hijo, esa criatura sin rostro y sin nombre, se desembarazaba de mí con dolorosos y violentos espasmos. Me he despertado sudada, y con terribles dolores en la espalda y las piernas.

Después lo he entendido: no ha sido un sueño. Ha sido una visita de mis antepasados. Me traían un recado: me alertaban de que, a mis quince años, empezaba a tardar en ser madre. Me decían que, en Nkokolani, todas las niñas de mi edad ya habían quedado encinta. Solo yo parecía estar condenada a un destino seco. Porque yo no solo era una mujer sin nombre. Era un nombre sin persona. Una envoltura. Vacío como mi vientre.

\*

En nuestra familia, cuando nace una criatura no se cierran las ventanas. Es lo contrario de lo que hace el resto de la aldea: incluso cuando el calor es más fuerte, las demás madres envuelven a los niños en paños gruesos y se emparedan en la oscuridad de la habitación. En nuestra casa no: puertas y ventanas permanecen abiertas de par en par hasta que se da el primer baño al recién nacido. Esta desagradable exposición es en realidad una forma de protección: la nueva criatura queda impregnada de luces, ruidos y sombras. Ha sido así desde el inicio del Tiempo: solo la Vida nos defiende del vivir.

Aquella mañana de enero de 1895, al quedar abiertas las ventanas, los demás creyeron que un niño acababa de nacer. Volví a soñar que era madre, y un olor a recién nacido impregnaba toda la casa. Al poco rato empecé a oír el movimiento sincopado de una escoba arrastrándose. No solo me estaba despertando a mí. Aquel dulce rumor despertaba a la casa entera. Era mi madre, que se ocupaba en limpiar el

patio. Fui hasta la puerta y me quedé mirándola, elegante y delgada, mientras se balanceaba arqueada, como si bailara y de ese modo se fuera convirtiendo en polvo.

Los portugueses no entienden el cuidado que ponemos en barrer alrededor de las casas. Para ellos solo tiene sentido barrer dentro de los edificios. No se les pasa por la cabeza limpiar la arena suelta del patio. Los europeos no lo comprenden: para nosotros, el exterior sigue siendo el interior. Una casa no es como un edificio. Es un lugar bendecido por los muertos, esos habitantes que desconocen puertas y paredes. Por eso barremos el patio. Mi padre nunca estuvo de acuerdo con esta explicación, demasiado rebuscada a su modo de ver.

—Barremos la arena por otro motivo, más bien práctico: queremos saber quién entró y salió durante la noche.

Aquella mañana, la única huella era de un simba, esos felinos que aprovechan la calma de la noche para husmear por nuestros gallineros. Mi madre fue a contar las gallinas. No faltaba ninguna. El fracaso del animal se sumaba a nuestra decepción: de haber visto al animal, lo habríamos cazado. La piel moteada de las ginetas era codiciada como un signo de prestigio. No había mejor prenda para agradar a los grandes jefes. Sobre todo a los comandantes del ejército enemigo, que se ornamentaban hasta perder la forma humana. Para eso sirven los uniformes: para despojar al soldado de humanidad.

La escoba reprendió con firmeza la nocturna osadía. El recuerdo del felino desapareció en cuestión de segundos. Después mi madre se alejó por las veredas para ir a buscar agua al río. Me la quedé mirando mientras desaparecía por el bosque, elegante y erguida en sus ropas vistosas. Mi madre y yo éramos las únicas mujeres que no vestíamos los sivanyula, las telas de corteza de árbol. Nuestros vestidos, que comprábamos en el colmado del portugués, nos cubrían el cuerpo, pero nos exponían a la envidia de las mujeres y la codicia de los hombres.

Cuando llegó al río, mi madre batió palmas, pidiendo así permiso para acercarse. Los ríos son moradas de espíritus. Inclineda sobre la orilla, echó una mirada a la ribera para prevenir la posible emboscada de un cocodrilo. Todos en la aldea creen que los grandes lagartos tienen «dueño» y solo obedecen sus órdenes. Chikazi Makwakwa recogió el agua con la boca del cántaro vuelta hacia la desembocadura, para no estorbar la corriente. Cuando se disponía a regresar a casa, un pescador le ofreció un hermoso pez, que envolvió en un trapo que llevaba atado a la cintura.

Ya cerca de la casa sucedió algo imprevisto. De entre la espesura de los matorrales surgió un grupo de soldados vanguni. Chikazi retrocedió unos pasos, pensando: me he librado de los cocodrilos para caer en las fauces de monstruos aún más feroces. Las tropas de Ngungunyane no rondaban por nuestras tierras desde la guerra de 1889. Durante unos seis años, habíamos saboreado la paz pensando que duraría para siempre. Pero la paz es una sombra en el terreno de miseria: basta con que transcurra el tiempo para que desaparezca.

Los soldados rodearon a nuestra madre, pero enseguida se dieron cuenta de que los entendía cuando le hablaron en txizulu. Chikazi Makwakwa había nacido en tierras del sur. Su idioma de la infancia era muy parecido a la lengua de los invasores. Su madre era una mabuingela, de esos que se adelantan en el camino para limpiar el rocío de la maleza. Así llamaban los invasores a los hombres que utilizaban para

abrir los caminos en la sabana. Mis hermanos y yo éramos el resultado de tal mezcla de historias y culturas.

Después de tantos años, los intrusos regresaban con la misma arrogancia amenazadora. Confirmando antiguos temores, aquellos hombres rodearon a mi madre con la extraña embriaguez que sienten los adolescentes por el simple hecho de ser muchos. La espalda tensa de Chikazi sostenía, con vigor y elegancia, la carga de agua sobre la cabeza. Era una forma de exhibir su dignidad frente a la amenaza de los desconocidos. Los soldados entendieron la afrenta y sintieron aún más viva la urgencia de humillarla. De repente tiraron el cántaro y celebraron con gritos el modo en que se rompió al caer contra el suelo. Y se rieron al ver cómo el agua empapaba el cuerpo flaco de aquella mujer. A continuación, a los soldados no les costó nada rasgarle el vestido, hacía tiempo desvaído y desgastado.

—No me hagan daño —imploró—. Estoy embarazada.

—¿Embarazada? ¿Con la edad que tienes?

Dirigieron la vista al pequeño bulto que se advertía bajo los paños, donde guardaba secretamente el pescado que le habían ofrecido. Y, de nuevo, le escupieron la duda a la cara:

—¿Tú? ¿Embarazada? ¿Y de cuántos meses?

—Estoy embarazada de veinte años.

Eso era lo que le habría gustado decir: que sus hijos nunca habían salido de sus entrañas. Que guardaba en su vientre a sus cinco hijos. Pero se contuvo. Y en su lugar, con sutileza, rebuscó entre los trapos el pescado envuelto. Los soldados miraban cómo recorría los lugares secretos de su cuerpo bajo la capulana. Sin que ninguno se diera cuenta, con la mano izquierda agarró la prominente espina dorsal del pez y, con ella, se cortó la muñeca derecha. Dejó correr la sangre, y luego entreabrió las piernas como si estuviera pariendo. Así, empezó a sacar el pez de debajo de la tela como si este emergiera de sus entrañas. A continuación levantó el pez con los brazos cubiertos de sangre y proclamó:

—¡He aquí mi hijo! ¡Mi niño ya ha nacido!

Los soldados vanguni retrocedieron, espantados. Aquella no era una simple mujer. Era una noyi, una hechicera. Y no podía haber dado a luz una descendencia más siniestra. Para los invasores, el pez era un animal tabú. Y al animal prohibido se sumaba, en un mismo instante, la más grave de las impurezas: sangre de mujer, esa suciedad que contamina el universo. Aquel espeso y oscuro aceite chorreó por las piernas hasta oscurecer la tierra a su alrededor.

El relato de este episodio desconcertó a las huestes de los enemigos. Cuentan que muchos soldados desertaron por miedo al poder de la hechicera que paría peces.

\*

Y así, con el alma y el vestido rasgados, mi madre, Chikazi Makwakwa, se presentó en casa hacia el mediodía. Narró lo sucedido en la puerta, sin llanto ni emoción. La sangre le caía de la muñeca como si el relato se deletreara gota a gota. Mi padre y yo

la escuchábamos sin saber cómo reaccionar. Al final, mientras se lavaba las manos, mi madre murmuró con una voz irreconocible:

—Hay que hacer algo.

Mi padre, Katini Nsambe, frunció el ceño y argumentó: quedarse quietos y callados es el mejor modo de responder. Éramos un país ocupado y convenía pasar desapercibidos. Nosotros, los vachopi, habíamos perdido la tierra que nos pertenecía, a nosotros y a nuestros antepasados. Los invasores no tardarían en pisar el cementerio donde sepultábamos placentas y estrellas.

Mi madre reaccionó con firmeza: solo los necios topos vivían en la oscuridad. Mi padre sacudió la cabeza y replicó a media voz:

—Pues a mí me gusta la oscuridad. En la oscuridad no se perciben los defectos del mundo. Siempre he soñado con ser un topo. Tal como está el mundo, solo podemos dar gracias a Dios por estar ciegos.

Angustiada, mi madre suspiró ruidosamente mientras se inclinaba sobre la lumbre para remover la ushua. Mojó la punta del dedo para hacer como que tanteaba el calor de la olla.

—Un día seré como un topo. Y me cubrirá toda la tierra —murmuró mi padre, anticipándose a la pena del destino anunciado.

—Eso nos llegará a todos —dijo mi madre.

—No tardaré mucho en marcharme a las minas. Haré como mi padre: me iré de aquí y haré vida en Sudáfrica. Eso haré.

Aquello no era un anuncio. Era una amenaza. Se sacó del bolsillo una pizca de tabaco y una hoja vieja de papel de fumar. Con el cuidado de un cirujano, se puso a enrollar lentamente un cigarrillo. No había en toda la aldea un negro capaz de alardear de hacerse su propio tabaco como él lo hacía. Solo él. Con pose de rey, se aproximó a la hoguera y retiró una brasa para encenderse el cigarrillo. Después, muy recto y con el mentón levantado, soltó una bocanada sobre el rostro de su indiferente esposa.

—Tú, mi querida Chikazi, insultas a los topos a sabiendas de que eso ofende a mi difunto padre.

Mi madre canturreó una vieja canción, un ngodo tradicional. Era un lamento de mujer, quejándose de haber nacido ya viuda. Despechado, mi padre se retiró ruidosamente.

—Me voy de aquí —declaró.

Quería demostrar que estaba dolido, que su esposa no era la única que sangraba. Se separó de su propia sombra y se fue hasta el gran termitero, esperando volverse más visible con su ausencia.

Luego aún le vimos dar una vuelta alrededor de la casa para alejarse, al fin, en dirección al valle. La pequeña incandescencia del cigarrillo fue desapareciendo en la oscuridad, como la última luciérnaga de este mundo.

\*

Mi madre y yo nos quedamos sentadas, tejiendo uno de esos silencios de los que solo las mujeres son capaces. Sus dedos flacos escarbaban la arena como si así confirmaran su intimidad con el suelo. Su voz tenía un dejo de tierra cuando me preguntó:

—¿Has traído vino de la tienda del portugués?

—Aún quedan unas botellas. ¿Tiene miedo de que padre le pegue?

—Ya sabes cómo es: cuando bebe, pega.

El modo en que mi padre conciliaba en sí mismo almas tan opuestas era un misterio incomprensible. Cuando estaba sobrio, tenía una delicadeza propia de un ángel. Embriagado se convertía en la más maléfica de las criaturas.

—Es increíble que padre nunca haya sospechado que usted miente, madre.

—¿Acaso miento?

—Claro que miente. Cuando él le pega y llora de dolor. ¿No es eso mentir?

—Esta enfermedad es un secreto, tu padre no puede sospecharlo. Cuando me pega, cree que mis lágrimas son auténticas.

Se trataba de una enfermedad congénita: Chikazi Makwakwa no sentía dolor. Su marido se extrañaba de las constantes marcas de quemaduras que tenía en manos y brazos. Sin embargo, pensaba que aquella falta de sensibilidad se debía a los amuletos encargados a su cuñada Rosi. Solo yo sabía que era un defecto de nacimiento.

—¿Y el otro dolor, madre?

—¿Qué otro dolor?

—El dolor del alma.

Ella se rio, encogiéndose de hombros. ¿Qué alma? ¿Qué alma le quedaba después de la muerte de dos hijas y de que dos hijos se hubieran ido lejos de casa?

—¿A su madre también le pegaban?

—A la abuela, a la bisabuela y a la tatarabuela. Es así desde que la mujer es mujer. Prepárate, porque a ti también te pegarán.

Una hija no discute las certezas de sus mayores. Imité el movimiento de su mano y, en el hueco de la mía, sostuve un puñado de arena que, después, dejé deslizarse en una cascada. Aquella arena roja era, según la costumbre de nuestra gente, alimento para embarazadas.